

J. Lagos Lisboa

## Jorge González Bastías

(El poeta y el hombre)



Si la más cabal biografía de un poeta no fuera su propia expresión lírica, sería difícil captarlo en sus hechos culminantes. La historia y geografía de una personalidad está siempre en los signos estelares de su huella.

A pocos escritores podría aplicarse más certeramente esta afirmación que a Jorge González Bastías. Trátándose de él, no tiene mayor importancia citar una fecha ni un sitio de nacimiento. La tiene, sí, hablar de los aspectos o modulaciones de las tierras del Maule, sentir las en sus afaes, ondular con las curvas de sus montañas, meditar con sus silencios estrellados, cruzar las aguas andariegas de su río, aprehender el milagro de sus robledales, que ahondan en la gleba y se esponjan al espacio para ser arpa de vientos o navío innumerable.

Porque el poeta de quien hablo vive con ellos. De ellos arranca su fuerza, y, confundidos con ellos, se transmuta en conciencia musical y sentimental.

Jorge González ha viajado muy poco; no ha desempeñado puestos públicos ni particulares. Ha vivido apegado a su rincón montañés. Trabajándolo, fecundándolo, exaltándolo con devoto afán. Las cosas transcendentales de su vida, las íntimas y las otras, están en su poesía. Sou su biografía. Biografía fiel y armoniosa, pura de toda pureza, limpia como el agua de las vertientes de la cordillera de la costa. No la empañan siquiera celajes metafóricos, ni la violencia de adjetivos inesperados. Una tristeza que quisiera ser euforia, y que extrayendo de las cosas el anhelo de cantar, la enhebra a su propia voz:

«Acaso sea alegría—lo que hay en mi corazón . . . —  
Se parece a una canción—llena de melancolía!—Aca-  
so sea alegría—lo que hay en mi corazón!»

González Bastías ama fervorosamente a su tierra. Y su tierra se enciende y transmuta en la armonía de su acento. Se asoma hasta a su fisonomía. Acercaos a él y advertiréis en su rostro la sonrisa ancha y acogedora de la montaña que os invita a subir, a respirar aire puro, a beber en las claras vertientes. Observad su cabellera: la veréis siempre desordenada, el mechón caído sobre la frente. Tal como en los repechos, la fronda de los maitenes batidos por el viento costeno. Inquirid en su espíritu: una sucesión de matices os harán rever la movilidad constante de la luz, conjugando emociones en las quiebras jugosas de la tierra.

En la generación de escritores del novecientos su voz es única. Voz de diafanidad, de recogimiento re-

ligioso. Resina de bosques, encendida en el espacio ilímite. Luz que arde y no quema en su velado resplandor. Voz que en ciertos momentos fluye a la sordina y se hermana con la de Manuel Magallanes, con la diferencia de que cuando éste comulga en pasión con la naturaleza, González comulga con ella en serenidad.

En los días azarosos de la juventud, cuando todos alargamos los brazos impacientes o gritamos nuestro ardimiento pasional, Jorge González espera. Y cuando advierte que el amor se acerca, le saluda con ingenuas y fáciles palabras:

«¡Muy buenos días!—Bien sentí una cadencia de pisadas—sobre mi corazón... ¡Tú que venías!»

Su libro «Misas de Primavera», publicado en 1912, le consagró como un valor en permanencia. En esas páginas fijó la «Egloga del Camino», trozo admirable de antología. A ese libro pertenecen también las melódicas estrofas de «La Guitarra», traducidas a otras lenguas y vastamente conocidas en las letras americanas. Y tantas otras poesías que andan por ahí en la memoria de finos catadores del verso.

Para hablar cumplidamente de su segundo libro, «El Poema de las Tierras pobres», publicado en 1924, es de actualidad hacer un largo paréntesis. Porque es el escenario en que se aunan en fusión cordial la fuerza creadora del poeta con el clamor angustiado del hombre. Todo su ser se conmueve y se revela ante la miseria rural, ante la indigencia del campesino vícti-

ma del caciquismo político, ante la impiedad de los usufructuadores de todos los regímenes. Se llora en él el empobrecimiento progresivo de la tierra y el derrumbe total de los atributos humanos, vencidos por el corrosivo implacable de la expoliación y el abuso.

Publicóse este libro todavía en época que los políticos de ahora, con intención transparente, se empeñan en llamar los «tiempos de la torre de marfil». Vano decir. Porque los poetas de corazón de todos los tiempos, vibraron, cuando había que hacerlo, con el ajeno y el propio dolor, anatematizaron virilmente el mal y exaltaron la justicia y la libertad.

Cuando dije que para hablar del segundo libro de González—libro de humanidad y de solidaridad—era menester un paréntesis, me he referido, pues, más al hombre que al poeta. Al hombre, porque la singularidad de Jorge González Bastías como hombre, constituye un caso que los escritores de mi generación conocen y que es edificante recordar, el caso de la abnegación, del desdoblamiento altruísta, de la dación integral. Si no me cohibiera el temor de prolongar demasiado estas líneas, conmovedoras anécdotas podrían demostrar el caso insólito de un hombre olvidado de sí mismo en la búsqueda permanente del bien de los demás.

Al «Poema de las Tierras Pobres» siguió su tercer libro «Vera Rústica», edición de la Empresa «Letras». Aquí el poeta simplifica aun más sus procedimientos anteriores, y aliviana y rompe a veces los mol-

des tradicionales del ritmo en un afán de musicalidad más íntima y personal, depurando la forma con la obsesión de eliminarla. Su ideal sería el verso del silencio, sugerido por la emoción imponderable. Persigue lo alado, lo tenue, la leve música empapada en la luz desvaída de la tarde, reminiscencia de sol o presentimiento de estrella. Y ante lo inalcanzable, opta por confundirse con la naturaleza y brotar en las estrofas de esta Vera Rústica, poesía sin retórica, puro y desnudo manojó de campánulas silvestres:

Quería adormecer mi pensamiento  
llagado de pasión:  
pero el agua y los árboles tenían  
sed de mi corazón.

Y no me daba cuenta cómo en ellos  
vivía, sin querer,  
la vida de la flor y de la onda...  
lo infinito en mi ser!

Tanto de mí los árboles tenían,  
tanto de mí el rumor del manantial  
que en ellos me sentía en un continuo  
cantar, reír, llorar.

Recientemente la Editorial Nascimento ha dado a luz una nueva obra de González: «Del Venero Nativo». En ella está el poeta que conocemos con todos

sus atributos de sensibilidad y finura expresiva. Pero aun más depurado y personal.

En él insiste en su concepto estético del verso, especialmente cuando dice sus oscilaciones anímicas.

En estos momentos en que la metáfora y el relumbrido son convención esencial y modal de poesía, la levedad de su palabra lo destaca fuerte y viril en su aislamiento.

Hay también en esta obra nuevos y substanciales motivos poéticos de González, la insistente añoranza del río cristalino evocando los viejos guanayes, desplazados por la línea del ferrocarril y la decadencia portuaria de Constitución. Hay el cuadro dramático de la vida primaria, la epopeya animal instintiva y sabia, como en «La Batalla», admirable síntesis de la lucha por la vida. Hay sobre todo la mina, el «Venero Nativo», poemas originales y firmes, pero siempre aligeros, que exaltan la fecundidad de la tierra y la brega heroica de los buscadores del metal que en esfuerzo creador acrecientan la alegría del mundo. Páginas que son la ecuación lógica, la determinación ineludible de quien puso en la tierra todos sus amores.

En esta sección del libro se destaca, entre los mejores, el poema «Diálogos Montañeses», en el que el milagro del oro transfigura a humildes campesinos. Todo en los poemas de índole minera es vigorosamente sentido y novedosamente abordado.

Tomo al azar algunas estrofas:

«La lámpara se enciende  
y brillan los cristales  
aristocráticos.

hierro  
con oro, cuarzo  
con oro, cobre  
con oro.

Ningún alba más bella  
que la que alumbra el primer golpe  
de la picota en una veta virgen,  
ni noche más fecunda  
que la que entrega sus luceros  
a flor de tierra al buscador alerta

El solamente sabe de los írices  
dormidos en la entraña de las rocas  
y descifra el misterio obsesionante  
de los amiantos y los rocicleres.  
Ahonda, ahonda el túnel.  
La lámpara se hará potente foco.  
Ahonda, ahonda el túnel.  
Los caminos estarán de fiesta.  
Ahonda, ahonda el túnel.

Más acá, el Jorge González de las percepciones sutiles:

Pena que viene suspirando  
y se detiene en los follajes;

Aliento de invisibles cosas  
que me hieren con suave  
toque, cansado aliento  
que viene por un mar sin márgenes.

Grito. canto, sollozo,  
¿Quién te arrojó, temblante,  
a deshacerse, a diluirse  
entre las hojas de los árboles?

¿Será de alguna estrella muerta  
la última luz que se deshace? ...

.....

En una hora más, en dónde  
se tejerá la errante  
malla invisible? Yo la siento  
dentro de mí, en intensa  
labor de pena y de imágenes.

El humus de los cerros del Maule ha desaparecido. Los bosques son poco a poco talados por el hacha implacable. Ya no ondulan los vastos trigales dorados ni los bosques espléndidos. Empobrecida la superficie, no va quedando sino la entraña de la tierra. ¡La rica entraña de la tierra maulinal! Rica en metales, rica en ópalos y en rubíes, rica en kaolines, en espejuelos, en arcillas, en esmeriles!

Y bien! El poeta ha vibrado ante la opulencia secreta de las serranías. Y le ofrenda su canto y le allega su inteligencia estremecida y su esfuerzo constante. Desea la prosperidad de su tierra y la de los hombres de su tierra. No le importa la suya. Quiere que de ella, de la tierra maulina, la patria recoja gérmenes de porvenir.

Entre los cantos de este libro hay uno publicado hace poco en un diario de Santiago. Es un romance a un modesto amigo suyo, a un cateador 'y laborioso campesino: José Murga. Cuando Murga leyó, o le leyeron, su apología, hizo un largo viaje hasta la casa del poeta. Venía a agradecer el homenaje. Y lo correspondió con estas palabras: «Don Jorge. Yo sé que a los poetas les gusta volar por el cielo. Yo tengo un hijo que estudia para aviador. Le prometo un viaje por las alturas».

Retribución cabal. ¡La voluntad ceñida de la tierra en pleitesía al libre vuelo del espíritu!